

Soria se pone en la piel de un hombre insobornable y testarudo, al que nada se le pone por delante. Gracias a su cabezonería logra que el banco le devuelva las 257 pesetas que le habían robado en un atraco, que su mujer vuelva a quedarse embarazada a pesar de su edad, o que su hija abandone la idea de hacerse monja y se case con el amor de su vida, un vecino interpretado por José Sacristán. En una reunión de vecinos, que se convoca para convencer a Rodrigo Quesada de que desista de su reclamación al banco (uno de sus consejeros, que es propietario de la finca donde viven y donde está el taller de vidrio, los quiere desahuciar), José Sacristán, que es abogado, hace un bello discurso a favor de los humildes y de los derechos de los ciudadanos. A lo largo de la película, don Erre que Erre pronuncia frases en ese mismo sentido: “Ver triunfar la razón es casi como ver a Dios”; “Yo respeto la razón y el derecho, que son de todos.” También está presente en la película el tema de la prensa. Cuando el asunto, a través de un periódico español, llega a oídos del director general del banco en París, este obliga al director del banco en Madrid a que devuelva las 257 pesetas. Pero todo se complicará al publicarse las declaraciones de don Rodrigo diciendo que los bancos se dedican a enriquecerse a costa de los ciudadanos. Finalmente, el asunto se resolverá después de una delirante cacería—con diálogos cercanos a los hermanos Marx— en la que participan el director y un consejero (marqués y propietario del edificio, que ha querido declarar en ruina para presionar a los vecinos). En el transcurso de la cacería don Rodrigo resulta herido y, a consecuencia de ello, cuando la noticia llega a París, el director de Madrid es destituido. La película termina con la boda de la hija, a la que el padre no llega porque por el camino se ha enzarzado en una nueva trifulca, en este caso organizando un monumental atasco en la Puerta del Sol.

Fue en el transcurso de una conversación con amigos cuando Ismael Grasa, escritor y filósofo, relacionó esta película con Kafka, en el sentido de un individuo enfrentado a instituciones, leyes y excusas absurdas que cierran el camino a la lógica de la verdad. Por tratarse en este caso de una comedia sin aparentes pretensiones intelectuales, la verdad y el derecho acaban triunfando. El espectador lo ha pasado bien y al mismo tiempo, sin casi ser consciente de ello, ha ingerido una cápsula de inquietud. No hay en este mundo mucha gente como don Erre que Erre (“Tengo yo más tesón que ustedes oro”, dice a los del banco). Paco Martínez Soria no llegó a cumplir ochenta años. Trabajó hasta el último día. Murió de un ataque al corazón en un apartamento que tenía alquilado en el Centro Colón de Madrid—no en el Hotel Colón, como dicen algunas fuentes—. Lo descubrió un conserje tras recibir una llamada del teatro donde sus compañeros de reparto, extrañados de que no acudiera puntualmente al ensayo, se temieron lo peor. ~

CRISTINA GRANDE es escritora. Su libro más reciente es *Diario del asombro* (Los libros del gato negro, 2024).

Estrafalarios e íntimos

por **Bárbara Mingo Costales**

Rubin y Ed, el debut de Trent Harris, es una película rarísima. En parte, porque nos muestra algo del espíritu de los noventa, cuando la mayor dignidad residía en el rechazo de las convenciones.

Cuando yo era adolescente, la segunda cadena de Televisión Española emitía, los viernes por la noche y hasta la madrugada, películas de autor. Creo que la primera sesión era un ciclo de un director renombrado, como podrían ser Bergman o Rossellini, y en la segunda emitían una película independiente. Algunas se habrían estrenado en las salas españolas de las ciudades grandes, pero entonces ver películas raras no era tan fácil como ahora, aunque por otro lado los programadores de televisión eran más audaces. Las horas de emisión eran fijas. Si querías ver la película, podías sentarte frente a la tele a la hora prevista o grabarla en video. Yo volvía de dar una vuelta con mis amigos, cenaba con mis padres y mi hermana si estaban y luego me quedaba sola hasta tardísimo viendo aquellas películas, las que fueran. Me acuerdo de las de Hal Hartley. De otra que se llamaba *Julia tiene dos amantes* recuerdo que estaban todo el rato hablando por teléfono. Volvías de dar un paseo y de socializar pero esas horas raras en tu casa sosegada, cuando todos estaban en la cama, eran como un ingreso en una nueva personalidad tuya. Las últimas horas del viernes, entonces, eran muy densas en la configuración de tu nueva personalidad, con una parte de socialización con tus amigos y la posterior exposición solitaria a mundos nuevos. Me ha venido a la mente un aforismo que dice que el carácter se forja los domingos por la tarde (que veo que es de Ramón Eder y que lo divulgó Enrique Vila-Matas), pero podemos añadir que el viernes ya habías sacado brillo a las herramientas.

Hay una película que vi en uno de esos viernes y que no he olvidado desde entonces. Una película que me dejó



atónita y me hizo reír. Se llamaba *Rubin y Ed*. Contaba la historia muy clásica de dos seres improbables que se ven obligados a afrontar una aventura juntos, como en el caso de don Quijote y Sancho o de Gilgamesh y Enkidu. Estos dos hombres, Rubin y Ed, tenían que cruzar un desierto (recuerdo los planos del terreno cuarteado), y Crispin Glover hacía el papel del más estrafalario de los dos, vestido con pantalón de campana y zapatos de plataforma. La ropa era como setentera y se adivinaba de lycra, lo que transmitía un calorazo ahí en mitad del desierto impenitente... Llevaba una media melena con raya en medio.

El otro personaje parecía más normal, aunque seguramente tendría sus manías. Lo interpretaba el mismo actor que hacía de profesor en una serie de chicos superdotados que emitían también por entonces y que creo que se llamaba *Los primeros de la clase*. Además era importante en la trama un gato cadáver que habían congelado y que estaba tieso, y recuerdo que pasaban tanta sed que se quitaban los calcetines llenos de sudor y se bebían el líquido que salía al retorcerlos.

Desde aquella madrugada nunca encontré a nadie que la hubiera visto. De vez en cuando la buscaba en internet, pero no estaba colgada, ni la encontré editada en DVD o Blu-ray.

Para este artículo, en un primer momento pensé que el “cine raro” correspondería a una cinematografía exigua, o exótica, como el cine kazajo o de Kiribati. Pero también podría serlo aquel que tuviese un enfoque muy particular, o que se saltase las convenciones clásicas, o que tratase

de temas muy tangenciales. Y de pronto volví a acordarme de *Rubin y Ed*.

Pues hete aquí que la encontré recién colgada en YouTube. En varias versiones, una de ellas doblada al telugu, que es un idioma que se habla en la India y que confieso que no conocía hasta ahora. Veo que lo hablan ochenta millones de personas, pero en todo caso la rareza de que sea ese el único idioma al que la han doblado me parece que va muy bien con la película. Me temo que lo raro es lo que uno no conoce.

Así que me voy a poner la película y luego seguiré con este artículo.

●

¡Es una película rarísima! ¿Pero dónde reside la rareza que resiste, 35 años después (la película es de 1991)? Es la primera película de Trent Harris, habitual del festival de Sundance. No he visto ninguna de sus películas posteriores, pero por lo que veo comparten todas un interés por los personajes marginales y hasta estrafalarios. Esa propensión es característica de la época, de los años noventa, cuando los héroes eran los desaharrapados y la mayor dignidad estaba en no someterse a las convenciones de la adocenante sociedad. Desde su presentación, en un plano ascendente que lo fotografía desde sus desmesuradas plataformas —que más tarde se revelarán como su superpoder—, el personaje de Rubin es ya sin duda un marginado, pero lo que le caracteriza no debería ser tan anómalo: su amor por la música (baila solo en su desordenadísima habitación al compás de la primera sinfonía de Mahler) y su amor por su gato, que lamentablemente está muerto, hasta el punto de que la aventura se desencadena y complica porque quiere encontrar el lugar adecuado para enterrarlo (y, para colmo de rarezas, no tiene coche). Por su parte, Ed (Howard Hesseman), un hombre de mediana edad con evidente peluquín, se ha apuntado a un seminario con visos de estafa piramidal mediante el que pretende salir del marasmo en que se ha convertido su vida. Tiene que convencer de que se apunte a otra persona y Rubin será la única que le haga caso.

Mientras veía *Rubin y Ed* me vinieron a la memoria los videoclips de los noventa. Me acordé de *Black hole sun*, de Soundgarden, de 1994, y de su tratamiento de distorsión a los supuestos integrados de la sociedad, y también de *No rain*, de Blind Melon, que es de 1992, e incluso de *Today*, de Smashing Pumpkins, del 93. Estéticamente tienen mucho en común y los protagonistas se han desviado. Aparte de la coincidencia en la textura de la imagen y el tratamiento de la narración, hay algo que comparten, una dignidad y una dicha de la extravagancia que parecía emanada de su intimidad y que me pregunto si es familiar para los adolescentes de todas las épocas. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).